

“ANTOÑETE” Y SU CÍRCULO
LA TAUROMAQUIA EN LA TRANSICIÓN

Antonio J. Pradel*



mediados de los años ochenta del siglo pasado, el torero con más éxito entre algunos círculos intelectuales y la bohemia más o menos castiza de la movida madrileña era un hombre de más de cincuenta años y un físico que ya no estaba para muchos trotes a esas alturas. La leyenda de sus noches canallas, su regreso a la palestra del mundo taurino desde ostracismo más absoluto y su vinculación a la izquierda en plena Transición, le hacían especialmente atractivo. Aquel hombre que ya estaba un poco de vuelta de toro, era Antonio Chenel *Antoñete*, uno de esos personajes envueltos siempre en cierto halo de tremendismo canallesco que lo convertía en un antihéroe ciertamente sugerente, tanto para los aficionados más cabales, como para aquellos otros que se acercaban por primera vez a una plaza de toros. A medio camino entre la figura del truhan, el poeta nocturno y el tipo experto en demasiadas batallas, desde el clasicismo estricto de una tauromaquia depurada al máximo, el veterano maestro consiguió, en el momento más álgido de su irregular carrera (es decir, entre 1981 y 1985), que en los tendidos de Las Ventas se sentaran para verle hacer el paseíllo desde Pedro Almodóvar o Alberto García-Alix hasta Francisco Brines o Claudio Rodríguez.

* Escritor, editor y director de *Minotauro. Periódico de toros y toreros* (publicado por la Peña Antoñete del Club Matador, Madrid).

MAESTRÍA

Algunos diestros con muchos años de alternativa a sus espaldas toreadan cada vez mejor a medida que, con el paso de los años, su cuerpo va perdiendo flexibilidad, cualidad aparentemente necesaria, incluso indispensable, para el buen ejercicio de la tauromaquia. No obstante, todo lo que el torero veterano va perdiendo en elasticidad, lo va ganando en otros aspectos también fundamentales (quizá más aún) en lo relativo a la expresión torera más genuina y difícil de alcanzar en este difícil arte, a saber: el peso (poso, se dice en tauromaquia, como cuando se habla de vinos) y una depurada síntesis de movimientos en busca siempre del gesto justo y del terreno exacto para cada uno de los lances que acontece durante la lidia.

El buen toreo (como cualquier otra expresión artística) requiere en todo caso de una rigurosa economía de medios: menos es más. Y no se trata tanto de buscar la quietud al ejecutar las suertes, sino más bien de ejecutar movimientos justos, sutiles, ceñidos, precisos, imprescindibles, insustituibles, únicos. ¿La máxima a seguir en tauromaquia? En el ruedo, ni un movimiento de más. De todo esto –como de casi todo lo demás– saben mucho más los matadores veteranos que los jóvenes. Es ley de vida. Más sabe el diablo por viejo... A medida que un matador de toros se va acercando a la edad madura, su cuerpo va adquiriendo ese conocimiento que suple la inevitable pérdida de reflejos, agilidad, fuerza y elasticidad. Refiriéndose al toreo de *Antoñete*, el influyente editor, conspirador y columnista Javier Pradera decía que en los toros la madurez vendría a ser algo más que un grado¹. En su *Guía de pecadores/as* (2006), Francisco

¹ Javier Pradera: “Elogio (politeísta) de *Antoñete*”. (*El País*, 05/06/1982): «En los toros la madurez es algo más que un grado; hasta puede que sea, como en algunas otras cosas de la vida, la condición *sine qua non* para entender la existencia y disfrutarla».

Umbral expresó una idea parecida: «Por usted sabemos, *Antoñete*, maestro, que el genio no es sino experiencia acumulada». Por su parte, el ínclito y genial Rafael *El Gallo* ya había dicho algo parecido, pero con mucha más gracia: «En la vida todo se torea..., hasta los años».

En cierta ocasión oí decir a un aficionado en una tertulia taurina que en aquellos años gloriosos de *Antoñete*, en plena Transición, con los tendidos de Las Ventas llenos de viejos y nuevos aficionados, macarras, rockeros, punkies castizos, intelectuales y artistas de la movida, había visto a Javier Pradera (máxima autoridad ideológica por aquellos años en *El País*, medio oficioso del nuevo régimen instaurado y por instaurar) levantarse de su localidad después de una tanda antológica de naturales de Chenel y decir a viva voz: «¡Hasta para torear bien hay que haber cumplido los cincuenta!». Nadie que estuviera allí en aquel momento me lo ha podido confirmar, pero, en todo caso *se non è vero, è ben trovato*.

Todo ese saber y memoria incorporados en el cuerpo del que está dispuesto a jugarse la vida delante de un toro bravo, está basado en una ética, una fuerza moral que debería guiar la carrera de todo matador que se precie de serlo. «Característica del torero –ha escrito Víctor Gómez Pin– es que puede llegar a ser de edad avanzada [...] pero es imposible que sea un torero viejo: un torero tiene, por definición, la imprescindible tensión física que ha de servir de apoyatura moral»². Si *Antoñete* logró triunfar en su vuelta a los ruedos cuando nadie parecía echarle de menos fue, justamente, porque un nuevo público que nunca antes había tenido ocasión de verle en los ruedos pudo apreciar en este torero ya veterano esa tensión física a la que se refiere Gómez Pin.

² (Gómez Pin: 2002, 145).

Seguramente, al escribir estas palabras el filósofo catalán estaba pensando en otro torero veterano (en concreto, su admirado Antonio Ordóñez), pero no deja de ser cierto que se pueden hacer extensivas, sin ningún género de duda, al caso que nos ocupa. Más aun teniendo en cuenta que, a comienzos de los ochenta, cuando reaparecen dos toreros en plena madurez como Manolo Vázquez y *Antoñete*, al maestro de Ronda le vuelve a picar el gusanillo y decide prepararse él también para una vuelta a los ruedos que, finalmente, se vio truncada por una inoportuna lesión. Hubiera sido ese un cartel impagable. Aun así, no deja de ser curioso que la mayor novedad en la programación de los carteles en las ferias más importantes de aquellos años viniera dada por parte de dos toreros con una edad tan avanzada como las del sevillano y el madrileño (dos estilos diferentes, y un solo torero verdadero).

MADRID, AÑOS OCHENTA

En 1981 sucede algo trascendental para la posterior evolución de la Fiesta. Con Manolo Chopera como empresario, la plaza de “Las Ventas” vive uno de los momentos más boyantes de toda su historia. Durante ese año (primera temporada de Chopera como gerente), la Plaza madrileña sufre un cambio radical respecto a un ciclo anterior que venía siendo marcado por la desafección de una afición cansada, abúlica, desnortada y por la gestión de unos empresarios erráticos, sin criterio y, lo que es peor, sin afición ninguna.

Por todo el país se vivían aires de cambio. Seis años después de la muerte del dictador, y una vez salvado el escollo de la intentona de golpe de Estado del 23-F, el ambiente taurino iba a sufrir una catarsis cuyos efectos colaterales se podrán rastrear prácticamente hasta la entrada en el siglo XXI. Así recordaba el propio Manolo Chopera aquella encrucijada histórica para el devenir de las corridas de toros en Madrid y, por extensión, en el resto del país:

«En cuanto al ambiente taurino, ha sido, en efecto, importante. Aumentó la asistencia de los jóvenes, muchos universitarios entre ellos; los intelectuales vuelven a interesarse por el espectáculo, y los aficionados de solera que llevaban años sin ir a los toros, han vuelto a Las Ventas. [...] No cabe duda. Ha ocurrido algo de gran trascendencia esta temporada, como el retorno de *Antoñete* y Manolo Vázquez. [...] Ninguno de los dos torea hoy mejor que cuando estaban en plena actividad, pero el público ha notado la diferencia que hay entre el toreo de clase que ejecutan y ese otro menos inspirado y más uniforme que ha sido el habitual en los últimos lustros. Muchos jóvenes han visto, gracias a dichas reapariciones, el toreo verdadero, que desconocían»³.

Chopera nos da aquí las claves del renacimiento de la afición taurina en Madrid a principios de los ochenta: toreo clásico, jóvenes que lo descubren y *Antoñete*, el diestro de la movida por excelencia.

Así recuerda aquellos años el escritor Germán Pose:

«Fue ese bendito mechón ensabanao de Antonio Chenel el que nos marcó el viaje, el camino a una perdición de calibre grueso. El destello del lila y oro de su vestido, el cite de largo dando el medio pecho, el embroque glorioso cargando la suerte, el misterio del temple de sus lances. Regresó a la arena *Antoñete* desde su rincón de olvido y con un trincherazo de ley inflamó la fiesta. En los altos del tendido 7 de Las Ventas, Mariano Torrubia, El Indio, La Suzuki, Bartrina, Alberto García-Alix, Ceesepe, Marta, May Paredes, El Hortelano, Javier de Juan, Jorge Berlanga, Joaquín Albaicín, Urrutia, Edi Clavo y otros miembros de la cuadrilla sacudíamos el resacón con golpes de tabaco y Mahou, todos contentos y estremecidos ante la obra del Maestro. Desde la noche más turbia del Rock-Ola, con esca-

³ Palabras extraídas del artículo de Covadonga del Peso “Alamares en la ola. Los toros y la movida”, en *Cuadernos de Tauromaquia*, nº 28, 2016, págs. 68-88.

la de postín en El Rastro y La Bobia, hasta La Monumental, ¡a los toros!, en un suspiro eléctrico. Éramos tan jóvenes y nos sentíamos inmortales, minotauros de barra»⁴.

En la actualidad, no deja de llamar poderosamente la atención el hecho de que aficionados hoy ya veteranos, pero que empezaron a ir a los toros justamente en aquellos años, recuerden el impacto causado por la reaparición de *Antoñete* de distinta forma a como nos lo han contado por otras fuentes más, digámoslo así, hagiográficas. En este sentido, es necesario aclarar que cuando el veterano torero madrileño reaparece en Las Ventas, los viejos aficionados de entonces no esperaban nada de él; le consideraban un torero absolutamente amortizado (cuando no directamente acabado) y sus grandes faenas quedaban ya muy lejanas en el tiempo y en el recuerdo. Se hablaba de la mítica faena al toro blanco de Osborne, pero era algo que quedaba medio perdido en la nebulosa del recuerdo.

Cuando decide echarse el capote a la espalda para hacer una vez más el paseíllo en su plaza, Chenel no contaba con una cohorte de partidarios. Más bien al contrario, le esperaban con absoluta indiferencia. Como escribe el periodista y escritor Francisco López Barrios: «Nunca ofició *Antoñete* liturgias pre-visibles y en la memoria de los aficionados apenas sí sobrevivió la noticia de un antiguo esplendor desarbolado por la vida». La percha literaria que haya podido tener el maestro a partir de aquella reaparición en 1981 (hasta entonces no la tuvo en absoluto) se debe, en gran parte, a que en aquellos momentos era un torero olvidado; en resumen, un perdedor. Una vez que pisó el ruedo y se dispuso a hacer el toreo de la forma que sabía hacerlo, la redención vino sola, gracias, precisamente, a los nuevos aficionados que tomaron al Maestro como santo y seña de una

⁴ <https://pozueloin.es/publicacion/mayo-de-2022/tauromaquia/minotauros-de-barra/>.

tauromaquia aún por descubrir, a pesar de ser la suya la tauromaquia canónica de toda la vida: Parar, templar, mandar... y cargar la suerte (siempre que el toro lo permita, obviamente). Nada nuevo bajo el sol de España.

¿Qué es lo que había que descubrir en aquella tauromaquia añeja que, gracias a *Antoñete*, se revelaba como luminosa y radiante novedad para los jóvenes aficionados que volvían a poblar los tendidos de Las Ventas? Nadie lo ha descrito ni sintetizado mejor que el escritor y crítico taurino José Carlos Arévalo, autor del que seguramente siga siendo a día de hoy el mejor tratado sobre la tauromaquia de Antonio Chenel. Recordando aquel 22 de mayo de 1981, fecha de la reaparición de *Antoñete* en Las Ventas, escribe Arévalo:

«[...] el matador, que no había recibido un solo aplauso de salutación en el paseo, cogió los trastos de matar, saludó al presidente, miró hacia el toro y se fue a buscarle allí donde se había emplazado. Espontáneamente, los gritos se diluyeron en el vacío y en Las Ventas se hizo un silencio maestrante. ¿Qué había pasado? ¿Por qué las gargantas callaron y todas las miradas coincidieron en el ruedo? Sucedió que un hombre avanzaba sereno, con naturalidad, majestuosamente serio hacia el toro. Era mayor, pero de su figura emanaba fuerza y tenía los ojos puestos en su oponente»⁵.

Quizá esta imagen tan potente se pudiera resumir en que allí había un torero que lo era a fuerza de parecerlo, lo que magnetizó al público allí congregado para asistir al milagro del toreo.

Un torero en la plaza tiene la obligación de ser (torero) y de estar (en torero). Esta expresión, muy utilizada en el argot taurino, es sumamente acertada, justa y rica en matices. *Estar en torero* supone una radical implicación del cuerpo que, en tauromaquia, no sólo es, sino que también está. O al menos debería

⁵ (Arévalo: 1987, 63).

estarlo para serlo. Aquí radica el fundamento último de la deontología taurina. El verbo “estar” implica un emplazamiento, un sitio, un lugar específico: se está en algún lado. Así entendido, el concepto que implica la palabra “torero” se convierte de alguna forma en un “lugar”. Hay ocasiones en que, sea por la razón que sea, un torero no está bien con sus toros en una tarde concreta. Sucede con cierta frecuencia. Se muestra entonces el diestro descentrado, desangelado, desganado... Su cuerpo “es” –porque lo estamos viendo allí, vestido de luces, yendo y viniendo por el ruedo–, pero el aficionado se da cuenta de que el torero “no está”. El ser del torero sería el equivalente a su significación torera (utilizando la agudísima idea de Bergamín), que responde a la pregunta que todo matador de toros debe hacerse en algún momento: «¿Quién soy yo como torero?» El ser del torero, para poder realizar su esencia (significación torera) tiene, efectivamente, que tomar cuerpo; y, frente al toro, un cuerpo tiene que estar con todas las consecuencias. Eso mismo es lo que percibió el público de Las Ventas aquel 22 de mayo de 1981: La íntima convicción de un torero que creía en lo que estaba haciendo delante del toro. Ni más ni menos.

Nada tiene que ver todo esto con el valor entendido en términos de temeridad, necedad o, simplemente, insensatez. Como también se dice en el argot taurino, el torero nunca debe “atropellar a la razón” y procurará mantener la cabeza fría en todo momento. Buen torero es aquel que no hace ostentación de valor, sino todo lo contrario. El matador ha de poner la razón, puesto que la sinrazón ya la pone el toro con su mera presencia en el ruedo. En tauromaquia hablaríamos de una experiencia espiritual por parte del torero cuya manifestación externa (el cuerpo expuesto frente al toro) debe tener siempre un sólido fundamento ético. Sin esta base, sin esa apoyatura moral de la que hablaba Gómez Pin, no hay estética posible. En tauromaquia, el concepto de ética supone tener en cuenta los códigos de valor y honradez propios del antiguo oficio

de matador de toros: darle a cada toro la lidia que necesita, no abusar del animal tomándose ventajas, matarlo de una estocada cobrada de la forma más decorosa posible... Porque en tauromaquia, no lo olvidemos nunca, el comportamiento ético del torero se vincula, antes que nada, con el toro, y, a través del toro, con el público. Esa mirada fija de *Antoñete* en su oponente rememorada por José Carlos Arévalo, sería la piedra de toque de toda una ética del toreo encarnada por este singular matador.

EL TORERO, HÉROE LITERARIO

Pero no hubiera bastado sólo con la ética de su tauromaquia para hacer de *Antoñete* un torero legendario, aunque sin haber llegado nunca a alcanzar las cotas de figura del toreo (como le gustaba puntualizar al propio matador cada vez que tenía ocasión). Si Chenel alcanzó en plena movida madrileña a ser considerado como un ídolo popular (un “aristócrata del pueblo”, en preciosa y precisa expresión del cineasta Agustín Díaz Yanes⁶), fue por cuestiones también estéticas y de índole más bien literario. Entre 1981 y 1985, *Antoñete*, ya de vuelta, sin nada que perder, alcanzó el prestigio de los hombres de la frontera, en expresión de Miguel Rubio, crítico de cine y furibundo antoñetista. Esta imagen tan atractiva, como escribe José Carlos Arévalo: «Remitía a la idea sartriana de “situación límite”, que encontraba su formulación mítica en el cine —*John Wayne* en “El hombre que mató a Liberty Valance”, *Humphrey Bogart* en “Cayo Largo”, *Gary Cooper* en “Solo ante el peligro”— y recordaba los dramas fronterizos del teatro clásico español, donde los hombres se ven forzados a elegir y jugársela»⁷.

⁶ «Para todos los antoñetistas, entre los cuales naturalmente me incluyo, Antonio Chenel *Antoñete* ha sido un torero de leyenda, un artista arrebatador, un maestro del toreo y de la vida. Un genuino aristócrata del pueblo». Agustín Díaz Yanes, *Minotauro*, nº 14, 2021.

⁷ (Arévalo: 1987, 76-77).

Mucho antes de la llegada de ciertos mitos impuestos desde *Anglosajonia*, el nuestro ya era un imaginario tradicionalmente proclive a recrearse en la leyenda de estos personajes fronterizos: muchos de nuestros mitos son también héroes solitarios al borde del abismo; el *Lazarillo*, *don Quijote*, don Juan, *El Cid*, el *Pijoaparte*, *Juncal*... Aquí –como bien ha señalado José Carlos Arévalo– hemos creado un prototipo fronterizo, el torero, que vive solo ante sí mismo, en la frontera simbólica y real del ruedo, entre la vida y la muerte. Aparte de sus indiscutibles cualidades como matador de toros, si *Antoñete* llega a convertirse en un torero legendario para varias generaciones de aficionados es, precisamente, por pertenecer a esa familia de los hombres de la frontera: marginales, disidentes, heterodoxos, seductores, perdedores, fascinadores... «Son –en palabras de Arévalo– el espejo desmitificador que devuelve a los hombres su imagen contraria, lo que debieran ser». ¿Cómo no iba a ser *Antoñete* el antihéroe taurino por antonomasia en una época (la Transición) tan necesitada de nuevos referentes éticos y estéticos?

En esa lista de personajes legendarios habría que añadir sin duda a don Tancredo. Efectivamente, en España siempre hemos sido muy partidarios de estos héroes solitarios al borde del abismo. Además, no podemos olvidar que en esta tierra han nacido figuras esenciales de la mística como Miguel de Molinos, creador de esa escuela teológica denominada *Quietismo*, que puede ser leída perfectamente en clave de tauromaquia. De Miguel de Molinos a don Tancredo, pasando por José Tomás, tenemos para elaborar una teoría de la quietud como categoría estética de primer orden.

Desde muy joven, ya en los años cincuenta, Rafael Sánchez Ferlosio tuvo una gran afición a los toros. Al igual que el propio *Antoñete*, el gran escritor fue devoto seguidor de Rafael Ortega, de Juan Belmonte –«el más grande y el más inteligente de todos», en palabras del propio Sánchez Ferlosio y de

Curro Romero —«uno de los caballeros más elegantes y más educados que han pisado los ruedos españoles», según palabras del autor. En su célebre novela *El Jarama*, aparecen algunas referencias a toreros como *Cocherito de Bilbao*, Rafael Ortega, Belmonte o *Manolete*. Al parecer, durante muchos años, Sánchez Ferlosio tuvo en el vestíbulo de la casa de Doctor Esquerdo, en Madrid, cuando estaba casado con Carmen Martín Gaité, un póster gigante de don Tancredo, emblema y sello del



Fig. n.º 12.- Antonio Chenel Albadalejo, *Antoñete*. Imagen tomada en 1966 en la plaza de Toulouse. Apud. Wikipedia.org.

toreo conceptual por antonomasia; aquel que disfrazado de la estatua de *Pepe-Hillo*, pintado íntegramente de blanco, espera inmóvil la salida del toro sobre un pedestal⁹. Tan desmedida era la afición de Rafael Sánchez Ferlosio en aquellos años que, en compañía de sus amigos, llegó a soportar muchas horas de cola (provisto de silla plegable y termo con café) en la madrileña calle de la Victoria, donde se encuentran los despachos de entradas para las corridas de Las Ventas.

⁹ (Fernández: 2017, 29) Véase la “Introducción”, concretamente el epígrafe titulado “El taurino” (pág. 29).

Al parecer, en los años ochenta Rafael Sánchez Ferlosio tenía una tertulia en el sótano del “Lums”, un bar sin ningún atractivo especial situado justo enfrente de la plaza de toros, más concretamente en la calle de Alcalá número 202. Allí se reunía el clan formado, entre otros, por Demetria Chamorro, Javier Pradera, Miguel Ángel Aguilar, Ignacio Álvarez Vara *Barquerito*, Agustín Díaz Yanes... Los jóvenes Ricardo Franco, Guillermo Montesinos, Germán Pose, el propio Díaz Yanes... se reunían después de los toros en el Braulio, bar fetén ubicado en la Avenida de los Toreros, junto a Las Ventas. Algunas noches la tertulia se acababa trasladando a “El Cock”, en la calle de la Reina, muy cerca de Chueca. Fue en aquellos ambientes donde se fue fraguando la leyenda de *Antoñete*.

En mayo de 1980, con motivo de la feria de San Isidro para la que le facilitaron un abono, Rafael Sánchez Ferlosio tuvo una columna en *Diario 16* a petición de Miguel Ángel Aguilar, director por aquel entonces del periódico. Fue una auténtica tragedia para la literatura taurina que cuando destituyeron a Aguilar poco tiempo después, el escritor, por fidelidad, cesó en aquella colaboración. Sólo por un año no pudimos disfrutar de sus crónicas sobre la reparación de *Antoñete* al siguiente San Isidro. Y ahí se perdió para siempre un material de estudio y consulta extraordinario para el futuro de la Fiesta. Sánchez Ferlosio no llegó a escribir nada sobre *Antoñete*, pero estuvo a punto de hacerlo.

Las columnas de Sánchez Ferlosio fueron muy celebradas en su día, incluso por los propios críticos taurinos. Por aquellos años, una tarde oscura que amenazaba tormenta en plena feria de San Isidro, cuando salió el primer toro, que le correspondía a Curro Romero, el respetable montó la bronca correspondiente y se puso alguacilesco. El clamoroso griterío invadió la plaza: “¡Cojo, cojo!”. El presidente seguía la escena con el rostro más impávido que era capaz de mantener. Curro, en la barrera; el público en pie,

impaciente y fuera de sí. Entonces, Sánchez Ferlosio, sublime como él solo, bastón en mano y a voz en cuello, erguido, se dirigió a la manada vociferante: «¡Dejadle en paz! ¡No está cojo! ¡Es su forma de andar!». La anécdota, contada por Fernando Savater, revela muchas cosas, entre otras hasta qué punto Rafael detestaba al público de toros. «Los españoles, que ya en la calle son bastante despreciables, se llevan a la plaza de toros lo más despreciable que tienen», escribió Ferlosio, que aseguraba tener un escrito de gran extensión contra los toros. Es justamente por causa del “respetable” por lo que en sus últimos años Sánchez Ferlosio no es que no profesara ninguna simpatía por la fiesta de los toros, es que directamente la odiaba. Y no por compasión hacia los animales, sino por vergüenza de los hombres.

Como decíamos, fue una lástima que sólo por un año Sánchez Ferlosio no se ocupara en su columna taurina de la vuelta de *Antoñete* en 1981. Aun así, cabe suponer que sería un torero de su cuerda. Ambos (*Antoñete* y Ferlosio) eran muy partidarios de Rafael Ortega, referente absoluto del clasicismo (y eso otro que algunos han dado en llamar «pureza») en tauromaquia. Las palabras que Ferlosio escribió pensando en el maestro de La Isla de San Fernando le encajan como un guante al maestro madrileño: «El valor está hecho para el uso, no para la exhibición; la primerísima regla del gusto en tauromaquia es la que manda que el valor sea escondido y disimulado aun con mayor escrúpulo que el miedo»¹⁰.

UN TORERO DE IZQUIERDAS

Tanto ideológicamente como toreando, *Antoñete* fue un torero de izquierdas; sus naturales con la zurda permanecerán por siempre en el recuerdo de quienes le vimos torear. Chenel se sintió identificado en la Transición con el PSOE, del que siem-

¹⁰ (Sánchez Ferlosio: 1992, 80).

pre dijo que era su partido. No hay que olvidar que provenía de una familia de izquierdas. Sin embargo, el partido socialista se olvidó del torero en su muerte: ni un simple gesto o palabra de agradecimiento pudo verse en su despedida, tanto por parte de los actuales dirigentes como de los anteriores, aquellos que en la época triunfal del maestro presumían haciéndose fotos con el torero cada vez que tenían ocasión. La memoria es muy frágil cuando nos interesa o conviene.

¿De una sociedad socialista deberían desaparecer las corridas de toros?, se pregunta a sí mismo el poeta José Viñals para contestarse a continuación: «Sólo el día en que hayan perdido sentido. La alegría, el júbilo, la conmoción de los pueblos, su comunión gregaria, son por ahora más importantes que las acusaciones de crueldad o truculencia»¹¹. A los veinte años de que estas palabras fueran escritas, podemos pensar sin miedo a equivocarnos que lo siguen siendo.

En un sabroso artículo titulado “Los socialistas y los toros” (*El País*, 15/05/1991), Javier Pradera hace mención al prólogo de *Política y toros* donde su autor, Pérez de Ayala, justificaba la “peregrina cópula” entre ambas actividades con el argumento de que en la mesa y en el juego se conoce no sólo al caballero, sino también al hombre corriente y moliente. Escribe Pradera: «Hace veinte años, la izquierda se apasionaba con Antonio Ordóñez, Paco Camino y *Antoñete*, mientras los franquistas se solazaban con *El Cordobés* y *Palomo Linares*». Al cabo de los años, cabe suponer que el agudísimo y perspicaz columnista exagera en esta ocasión, puesto que, con toda seguridad, entre los partidarios de Ordóñez habría más de un seguidor de Fuerza Nueva y, a su vez, entre los seguidores de *El Cordobés* habría más de un afiliado al PCE. Es lo que tienen los toros, que son transversales.

¹¹ (Viñals: 2001, 114).

Más allá de la exageración un tanto caricaturesca y efec-tista, de las palabras de Pradera se puede concluir que, al igual que sucedía en el mundo del arte y la literatura de aquellos años, las izquierdas se arrogaban (también en materia taurina) el monopolio exclusivo y excluyente de la calidad, la maestría y la exquisitez consumadas. El mejor arte, la mejor literatura, el pensamiento más *avant la lettre* tenía que ser necesariamente de izquierdas. Y, por lo tanto, en cuestiones tauromáquicas no iban a ser menos. A finales de los años setenta y comienzos de los ochenta del siglo XX, una parte importante de la progresía intelectual más destacada del momento se manifestaba abiertamente aficionada a los toros, siempre, eso sí, que las faenas fueran ejecutadas por los matadores más exquisitos (*Antoñete*, Romero y Paula, a poder ser) y no aquellos otros que movían a las masas sin criterio estético con sus formas populacheras y tremendistas. Siempre pasa lo mismo: las izquierdas, reconvertidas en élites intelectuales y adalides del esteticismo, se alejan cada vez más de los gustos del pueblo. Hoy, treinta años después del diagnóstico de Javier Pradera, han cambiado las tornas hasta el punto de que el torero de arte por excelencia de nuestra época se manifiesta abiertamente simpatizante y partidario de un partido situado en el extremo diestro del espectro político.

Si *Antoñete* tuvo en sus mejores años numerosos partidarios entre algunos de los más destacados intelectuales de izquierdas de la época, no fue tanto porque él mismo fuera de izquierdas, sino por lo que representaba su tauromaquia y porque reapareció justo en el momento y sitio oportunos. Las generaciones de rojos y progres que nacieron después de la Guerra (pero que aún tuvieron tiempo de correr delante de los grises) veían los toros como parte fundamental del *pan y circo* franquista. Cuando parecía que el espectáculo había empezado a morir con el final del régimen, llegaron los años ochenta, y con ellos el *boom* de la Cultura de la Transición. La llamada movida

no fue ni mucho menos un movimiento homogéneo; fue precisamente entonces cuando algunos de sus más célebres cabecillas sufrieron una especie de ataque de neo-españolismo agudo y cañí. Se calaron entonces una gorrilla, se pusieron un puro entre los dientes, agarraron la copa de coñac y se sentaron en los tendidos de Las Ventas. Sirvan como ejemplo la canción “Que Dios reparta suerte”, de Gabinete Caligari y la película “Matador”, de Pedro Almodóvar. De pronto, las corridas ya no eran un símbolo franquista rancio y detestable, sino un signo más de moderna identidad nacional, una parte inseparable de la cultura española que, además, servía para superar las viejas rencillas entre las dos Españas. Al PSOE de Felipe González le vino muy bien la jugada y, con fuerzas renovadas, reutilizó la tauromaquia (como tantísimas otras cosas) como cultura. Fue justamente en medio de ese fervor neo-casticista donde Chenel se erigió en símbolo de una época.

En cualquier caso, el matador madrileño nunca fue muy afín a dejarse lisonjear por esta pandilla de modernos. Más bien al contrario. En este sentido, resulta muy reveladora una anécdota que contaba el escritor y crítico taurino Javier Villán. *Antoñete* había cuajado unas ferias de San Isidro luminosas, reveladoras, magníficas, sólo oscurecidas por un pésimo manejo de la espada. Antonio Leyva, director por aquel entonces de la galería de arte “Orfila”, y el propio Javier Villán idearon en 1985 un desagravio para con el maestro. Para ello pensaron en editar una carpeta de unos cuarenta textos aproximadamente y otros tantos dibujos que cantaban las glorias del toreo en general y de *Antoñete* en particular. La carpeta venía cerrada por un lazo salmón, uno de los colores preferidos de Chenel a la hora de encargarse los vestidos de torear.

Entre aquellos textos firmados por los más célebres escritores, poetas y periodistas, cabe destacar uno especialmente reseñable de Enrique Tierno Galván; y entre la obra gráfica, una

tinta de José Caballero. Los artistas participantes tenían la intención de regalarle al maestro sus obras, a condición de que asistiera a una cena homenaje que pensaban organizarle. Pero, al parecer, en aquellos momentos *Antoñete* prefería otras compañías concretamente la de Charo López. Así lo recordaba el propio Javier Villán: «Quedamos una noche en el [hotel] Foxá el senador Arévalo y yo para organizar el plan con Chenel, pero este cambió de estrategia y lo vimos salir huyendo en su coche con la gran actriz, entonces en la plenitud de su belleza total; nos dio Chenel el pase cambiado, lance que apenas usaba en su tauromaquia». De lo que se deduce que el torero no era muy partidario de compartir mesa y mantel con según qué compañías. No parece que fuera *Antoñete* uno de esos toreros que, en la estela de Juan Belmonte, se dejan agasajar por artistas, literatos e intelectuales cada vez que tienen la ocasión. Antonio Chenel, más que un torero de intelectuales y artistas (que también), más que un torero que cultivase su percha literaria, fue, simplemente, un torero de toreros.

UNA CARTA A DOMINGO DOMINGUÍN

Jorge Semprún, el que fuera ministro socialista con Felipe González, fue una de las figuras destacadas de PCE en el exilio. Desde 1952 a 1962, con el nombre de Federico Sánchez, ejerció como una de las piedras capitales, y Domingo *Dominguín* fue uno de sus bastiones en la clandestinidad. En 1964, Semprún abandona el partido y desarrolla su obra literaria, donde aparecen algunas referencias a los momentos vividos con su amigo Domingo. En *Federico Sánchez se despide de ustedes* (1993), Semprún lamenta la ausencia de Domingo, y glosa su vida de tertulias y cafés. De arrolladora personalidad, desplegaba en la taurinísima “Cervecería Alemana de Madrid”, en “Lhardy” o en el “Café Pelayo” todas esas cualidades de animal social tan características de él. Por allí se le podía ver con Julio Camba,

Arniches, Chueca Goitia, Celaya o Alfonso Sastre... También se le podía ver en compañía de algunos protagonistas principales del mundo del toro.

Cuando *Antoñete* se retiró en 1985, Pepe *Dominguín* (que llegó a ser su apoderado durante un tiempo) escribió una carta dirigida a su desaparecido hermano Domingo: «Te escribo consternado: *Antoñete* se va. Y esto duele». Pepe le escribe a su hermano Domingo, muerto por su propia mano (como Belmonte) justo diez años antes (1975) en Guayaquil (Ecuador). Pepe *Dominguín* ensalza así el toreo de Chenel: «¿Y sabes Domingo lo que ha pasado? Pues eso. Que los nuevos han visto torear a los viejos, con los antiguos esquemas de la seriedad, personalidad, responsabilidad y, al lado de la envidia, también, con esa lentitud e importancia que da ante el asombro de sus asombrados ojos, aparece como un dios enfadado por tanta ofensa, un torero mayor –aunque con canas desde que era niño– y sin alharacas ni aspavientos liga y lía al toro en la panza de un capote o una muleta donde anida la verdad del toreo». La carta de Pepe *Dominguín* formaba parte de una carpeta editada por Javier Villán y Antonio Leyva con motivo de la retirada de *Antoñete* en 1985; retirada que, al fin y a la postre, no sería la definitiva.

Con la familia *Dominguín* (su propietaria) pensando ya en derribar la vieja Plaza de Carabanchel (“La Chata”), el grupo de punk neoyorquino “Los Ramones” había dado en 1980 el concierto que muchos han señalado como el detonante de lo que sería la movida madrileña. Pocos años antes, en marzo de 1977, Enrique Tierno Galván, como líder entonces del Partido Socialista Popular, dio sobre el ruedo de aquella misma plaza carabancheleña el primer mitin de la nueva y recién estrenada democracia española. Tuvo que ser precisamente en una plaza de toros de un barrio popular de Madrid donde el viejo profesor (que apenas unos años más tarde se convertiría en alcalde de la capital), abriera el espectáculo de la política, casi tres décadas después de que la censura

franquista le prohibiera publicar su ensayo “*Los toros, acontecimiento nacional*” en la *Revista de Occidente*.

Unos meses después de aquel mitin, el coso de “Vista Alegre” iba a albergar otro festejo taurino de carácter reivindicativo y con tintes comunistas: el Festival a beneficio de la Sección Taurina de Comisiones Obreras (CC.OO). Así, para el 22 de octubre de 1977 se organizó un festival sin picadores a beneficio de la agrupación taurina del sindicato comunista, en cuyo arreglo participaron activamente el banderillero *El Víctor* y Dominguito *Dominguín*, que seguía los pasos ideológicos de su padre, el famoso “Domingo comunista”, matador, apoderado y empresario del mismo nombre que apenas dos años antes se había suicidado en Ecuador.

Según cuenta Paco Aguado, finalmente la lluvia de los primeros días de otoño, y también es de suponer que el escaso movimiento de taquillas –*Antoñete*, anunciado “de manera desinteresada”, al igual que el resto de sus compañeros, era en esos años poco menos que un juguete roto para la afición madrileña– obligaron a aplazar el festival hasta una semana después, el día 29, pero sin contar ya con Chenel, que, aunque comunista por herencia paterna y convencimiento, se cayó del cartel en el último instante. «Se asustó», consideraría años después el propio Domingo *Dominguín*¹². O sea, de izquierdas sí, pero hasta cierto punto.

Ante la pregunta de si son incompatibles la fiesta de los toros y la izquierda, el director de cine Agustín Díaz Yanes contesta: «El toro pegó un giro bestial a la izquierda con *Antoñete*, un torero republicano, digamos, que acercó a la juventud a la plaza. Canal+ representó la modernidad cuando él se hizo comentarista. No había ninguna sensación de que iba a suceder

¹² Véase el excelente artículo de Paco Aguado titulado “Cuando a Santiago Carrillo lo sacaban a hombros... El comunismo y los toros durante la Transición”, en *Cuadernos de Tauromaquia*, n° 25, 2015, págs. 77-92

lo que ha sucedido. Había socialistas y comunistas a los que les gustaban los toros, como el fútbol o el boxeo. Y se ha convertido todo en un rollo de debate. Estos pensadores tienen un desconocimiento de casi todo, pero del mundo de los toros, muchísimo. Incluso desde el punto de vista del ecologismo, las dehesas del toro bravo, un ecosistema exclusivo de España, requieren mucho cuidado»¹³.

EL MAESTRO QUE PROVOCABA A POETAS Y
OTROS ARTISTAS DE LA IMAGEN

En una entrevista concedida en 1999 (es decir, en pleno apogeo del mejor José Tomás), ante la pregunta de si quedaba algo en la lidia de la llamada edad de oro del toreo, el poeta valenciano Francisco Brines declaraba: «El último torero que ha dado grandes lecciones en la plaza fue *Antoñete*». Al parecer, en una ocasión Brines acudió a la Maestranza de Sevilla junto a Juan Luis Panero para ver torear al maestro. Según cuenta el propio Brines, tanto le emocionó a Panero una de las faenas de *Antoñete*, que le acabó escribiendo un poema y se lo dedicó a su amigo a Francisco Brines.

Ávido lector de crónicas taurinas, Claudio Rodríguez también seguía la temporada y alguna vez que otra se acercaba a Las Ventas. Según cuenta Javier Villán, de la corrida siempre extraía significados próximos a su poesía de una esencialidad natural y proteica. En su no excesiva obra, que lo acredita como uno de los más destacados poetas de su generación, escribió un único poema de toros, el dedicado a *Antoñete* y que data de 1984. El título (“Entre la magia y la sabiduría”) no sólo define una poética de los toros, sino una tauromaquia en sí misma:

«En esta sinfonía / del capote, que suena, / ¿a qué? He aquí el misterio. / Todo, la tela, el aire / de la distancia, toda la embesti-

¹³ En <https://www.aisge.es/agustin-diaz-yanes>.

da / agresiva y solemne, / y cuando el temple llega, ya es un canto».

Así recordaba Claudio Rodríguez su relación con la tauromaquia: «A pesar de mi profunda taurofilia, nunca he hecho poesía sobre tema taurino, por la sencilla razón de que no me salía el ambiente más o menos pintoresco. En toda mi trayectoria poética, sólo he escrito un poema relacionado con la tauromaquia, en concreto sobre el toreo de Antonio Chenel. Se trata de una poesía que apareció en una antología y en la cual trato de analizar su técnica, lejos de todo pintoresquismo. Esa única salida de mi poesía al ruedo taurino es debida a mi admiración por *Antoñete*. El toreo de este matador, personal y profundo, se verifica ya desde sus inicios, si bien a mi juicio torea mejor en la madurez. No hay definición posible para su estilo, porque cada toro tiene su lidia. En todo caso, podemos hablar de la profundidad de los pases, de su geometría y, naturalmente, de la armonía. Torear es algo plástico; es casi música, color». Para ser su único poema sobre temática taurina, no está nada mal. De sus reflexiones se puede extraer la conclusión de que era un gran aficionado. En este sentido, el toreo de *Antoñete* parecía sacar a la luz lo mejor de cada aficionado (o aficionada), como sucedió con una fotografía absolutamente milagrosa que plasmó mejor que ninguna otra imagen un lance muy característico de Chenel, su famosa media verónica.

La fotógrafa y escritora estadounidense Muriel Feiner, autora de varios libros sobre la mujer y la tauromaquia, esposa de torero y gran aficionada, relata así el instante en que captó aquella extraordinaria instantánea, una fotografía de la que guarda un recuerdo muy especial:

«La hice sentada en un escalón del tendido 2 de Las Ventas, embarazada de seis meses, y toreé con él. Cuando el maestro vio la imagen, me pidió una docena de copias. Significa mucho esta foto para mí, porque al maestro le gustaba. Años después, descu-

brí que ocupaba un lugar especial en su casa de Navalagamella. Le gustó tanto que él mismo la entregó al Centro de Asuntos Taurinos de la Comunidad de Madrid para que hicieran la placa dedicada a *Antoñete* que está ahora en la Puerta Grande de Las Ventas. Hice esta foto muy al principio de mi carrera profesional como fotógrafa para ilustrar la primera entrevista que le hice. No creo que tuviera mucho mérito al hacerla, aunque sí mucha suerte. Tampoco tenía el mejor ángulo, desde luego, ya que estaba sentada en el quinto escalón de la escalera del tendido 2 y embarazada de seis meses de mi hijo mayor. Pero yo toreaba siempre con *Antoñete* desde el tendido porque su toreo me llegaba al alma. Tuve la suerte de captar ese momento, pero también estoy convencida de que las grandes fotos, como las grandes faenas, salen del alma. Demos las gracias, nosotros los aficionados, por que *Antoñete* volviera a los ruedos en los años ochenta para darnos a todos unas lecciones sobre el auténtico toreo».

Otro acérrimo partidario de *Antoñete* era Roberto Bodegas. Según parece, al cineasta (fallecido en agosto del 2019) le habría gustado seguir cámara en ristre los pasos del maestro durante toda una temporada. Albergó durante años la idea de reflejar en una *road movie* esa persecución a la que sometería al torero por todas las plazas en las que hiciese el paseíllo. Aquel deseo incumplido se lo confió el propio director riojano a Ángel María Fernández, durante las conversaciones que dieron lugar al libro–entrevista *Roberto Bodegas: el oficio de la vida, los oficios del cine*, publicado en 2007. Años después, Ángel María (o *Ánjel*, como firma ahora) hizo suya aquella frustrada ocurrencia de Bodegas, aunque cambiando en este caso de matador (Diego Urdiales sustituye a Antonio Chenel) y de disciplina artística (literatura en lugar de cine). El resultado de esta aventura es la novela *Los amigos*, publicada en 2020.

En *La virtud del asesino*, serie de televisión emitida por TVE en 1998 y dirigida por Roberto Bodegas, donde participan

Sancho Gracia y Nacho Duato, se incluye un episodio titulado “No hay quinto malo”. En él, matan a *Antoñete*. Recordando aquella experiencia, recordaba el director: «Filmamos casi toda su actuación en la finca de Navalagamella, de Antonio, y le regalamos el último modelo de Peugeot porque no nos quiso cobrar». Roberto Bodegas veía similitud entre el lenguaje del cine y el del toreo: «Si la cámara tuviera cuernos y embistiera a cada director



Fig. n.º 13.- *Antoñete* en las Ventas. Fotografía de Muriel Feiner. Imágen cedida por la autora de la misma.

que la coloca mal, las cosas irían mejor en esta industria que exige saber mandar, tener cintura y torear con las dos manos». Suele suceder con muchos artistas y creadores aficionados a los toros: tienen cierta tendencia a ponerse imaginariamente en el pellejo del matador y, desde esa peliaguda exposición al riesgo, aplicarse el cuento para su propia práctica artística (desde la poesía o el cine, a la danza o a pintura).

MISCELÁNEA ANTOÑETISTA

En aquellos primeros años ochenta del siglo XX, a nadie parecía extrañarle que un crítico de arte como Santiago Amón se dedicara indistintamente a escribir sobre la Documenta de Kassel o la Feria de San Isidro; que dedicara el mismo empeño y rigor crítico a desentrañar la obra de Marcel Duchamp o la de Antonio Chenel. ¿Por qué no? Al parecer, en aquel tiempo no tan lejano como algunos pudieran pensar, no era necesario reivindicar la tauromaquia como arte porque se entendía que lo era por derecho propio.

En el periódico *Diario 16* (07/10/1985), Santiago Amón dejó escrito un artículo que resume a la perfección la tauromaquia de *Antoñete*. «Algo tiene Chenel –escribe Santiago Amón– de castizo personaje de la barriada (¡y la suya es nada menos que la de Ventas!), que apenas se viste de torero, se transfigura de la cabeza a los pies para convertirse en duque. Torero de la “raya para afuera”, *Antoñete* fija, señala, establece una conveniente “distancia” (signo de su personal “distinción”) entre él y la “muchedumbre”. Hay toreros que enseñan a ver la corrida a la afición. *Antoñete* es de aquellos que enseñan a ver los toros a los propios toreros». Y añade a continuación: «Se fue, una vez, y los que le sucedieron se empeñaban en ahogar (“poniéndose encima”) el buen aire de la embestida. Volvió y empezaron los colegas a medir otra vez los “terrenos”; que la tauromaquia es ejercicio primordial (no en vano se despliega como pugna, disputa o “lance”) de definir, contrastar y conquistar territorios. Ahora se aleja definitivamente de los ruidos y con él se esfuma (¿hasta cuándo?) una lección que no se aprende en ninguna academia. *Antoñete* ha sido y es un “elegante” y un “elegido”, coincidentes ambas voces (aunque algunos puristas vengan a disentir) en la raíz etimológica del verbo latino “eligere”, que significa “elegir”. Por su propia facultad, lance tras lance, de oportuna elección, el “elegante” se convierte en “elegido”».

Para finalizar, abramos una vez más aquella preciosa carpeta pergeñada por Javier Villán y Antonio Leyva como homenaje al maestro¹⁴. Quizá la fascinación que *Antoñete* ejerció sobre un buen número de intelectuales entre 1981 y 1985 pudo ser debida a lo que aquí apunta Matías Antolín: «*Antoñete* ha alcanzado buena reputación esforzándose en ser lo que quiere parecer. Un torero épico, cabal, honesto, aún no ha perdido la llave de la puerta de los sueños. [...] La música callada del toreo nos llevará a otros caminos de la imaginación. Y ya sabes, maestro, si el sabio no aplaude, malo. Si el necio aplaude, peor».

Para Fernando Bergamín Arniches: «Sencillamente humano es su toreo, ahora profundísimo y embellecido por una madurez inteligente y clara. *Antoñete* ha llenado el espacio geométrico del ruedo, de un tiempo que nos distancia de la realidad, a la vez que nos sumerge en ella».

Jesús Vicente Chamorro, abogado y jurista, antifranquista en tiempos de Franco (es decir, cuando tenía sentido serlo), perteneció al PCE hasta 1978, año en que se aprueba la Constitución española: «Suenan a falso escribir unas cuartillas en un homenaje a *Antoñete*, él, que va con modesta valentía y sencilla majestad hacia el gesto a cuerpo limpio». Escribe Chamorro sobre los toreros como *Antoñete*, que «nos recuperan y rehabilitan porque saben que torear no es cosa pinturera, ni negociante, sino mundo de honduras populares, de alegres danzas trágicas, de enfrentamientos con la muerte para ganarse la vida —que no el pan, aunque del pan venga el andar, el habla y la mirada—. Chamorro termina así su texto: «Creo que *Antoñete* interpreta al pueblo que lo aplaude; que no hace el oficio de menestral cuando reduce al toro, cuando se acerca a él, cuando le ofrece sosiego y horizonte. Por eso no es de extrañar que este hombre popular —y bueno—

¹⁴ Todas las citas a partir de aquí están extraídas de dicha carpeta.

ofrezca su lenguaje a las gentes del pueblo que lo entienden y lo hablan. Él viene del pueblo, ha acreditado su valor al no desclasarse, ha tendido su mano para elevar la nueva vida democrática a los planos de la alegría y del reencuentro».

Juan Gómez Soubrier, gran crítico de arte y exégeta del Museo del Prado escribe: «El mechón blanco demostraría, finalmente, que el espada asistió –sin lugar a dudas– en la pentecostés taurina de los “Antonios Máximos”¹⁵. Culminación solemne de la Pascua, su colofón y coronamiento».

Por su parte, Enrique Tierno Galván escribió: «El toreo sigue siendo mítico, y cuando aparece el diestro incuestionable que tiene intuición, valor y capacidad para domar al toro y expresar así la valentía humana frente a la valentía bruta, el pueblo se enardece y los viejos entusiasmos reaparecen. Tal es el caso de *Antoñete*, por ejemplo, que ha hecho ahora, en las postrimerías de su vida como torero, que se reavive la antigua luz que jóvenes y viejos, mujeres y hombres, vuelvan a su conciencia ancestral del juego con el toro y su admiración por los dos jugadores, el toro y el torero. Agradecemosle a *Antoñete*, que ha hecho renacer el entusiasmo antiguo, durante algún tiempo adormecido por la falta de un gran diestro».

De especial interés resulta lo que escribe el escritor, poeta, novelista, guionista, antropólogo y profesor Ramón Mayrata (conocido por su trabajo como investigador e historiador del arte del ilusionismo, y por fundar, junto a Juan Tamariz, la editorial Frakson, especializada en textos de magia) en un breve texto titulado *El desplante*:

«He pensado muchas veces en esos breves pasos del torero que le despegan del toro, sin perderla la cara, hasta el momento final, en el que, olvidándose de él, se encara con el público y parece decir:

¹⁵ Por “Antonios Máximos” se entiende a Ordóñez y *Bienvenida*, que junto a *Antoñete* formaría un auténtico cartel de lujo compuesto por los tres Antonios.

¡Ahí queda eso! Y efectivamente eso queda ahí, en el aire, destruido para siempre. [...] Esos pasos finales de *Antoñete* alejándose del toro, alejándose del instante, de la acción, siempre me han impresionado vivamente. Parece que el toreo se convirtiera en un pensamiento. Erguido en la plaza, bambolea desafiante su mechón plateado. Tras torear al toro, torea magistralmente al público. Esos pasos finales de *Antoñete* le alejan de todo y de todos. Impresionante soledad la de este hombre al que hasta la muleta parece deshacérsele entre las manos».

CODA

El 27 de agosto de 1988, *Antoñete* se retiró en la Plaza de Bilbao, aunque volvería a torear puntualmente a finales de los noventa. Tras su retirada montó un bar (otras fuentes señalan que quien en realidad montó aquel local fue Germán Pose), El Chenel, ubicado en la calle Atocha 107 de Madrid. Fue durante un breve tiempo frecuentado por los bohemios que aún quedaban pululando por la ciudad, en los postreros coletazos de la movida madrileña. De todo aquello no queda más que el recuerdo en la memoria de algunos nostálgicos.

BIBLIOGRAFÍA

- Gómez Pin, Víctor (2002): *La escuela más sobria de la vida. Tauromaquia como exigencia ética*. Madrid, Espasa Calpe.
- Arévalo, José Carlos (1987): *La tauromaquia de Antoñete*. Madrid, Ediciones Akal.
- Díaz Yanes, Agustín (2021) *Minotauro*, nº 14.
- Fernández, J. Benito (2017): *El incógnito. Rafael Sánchez Ferlosio. Apuntes para una biografía*. Madrid, Árdora Ediciones.
- Sánchez Ferlosio, Rafael (1992): *Ensayos y artículos (Vol. I)*. Barcelona, Destino.
- Viñals, José (2001): *Huellas dactilares*. Editorial Montesinos.

